

Is irreverence possible?

Esther Hanono Dayan^a, Mónica Muriel Vizcaíno^b, Gerardo Vázquez Estrada^c

^aUniversidad Panamericana, Facultad de Ciencias de la Salud, Escuela de Psicología. 0185262@up.edu.mx,

^bUniversidad Panamericana, Facultad de Ciencias de la Salud, Escuela de Psicología,

^cUniversidad Panamericana, Facultad de Ciencias de la Salud, Escuela de Psicología.

Historia editorial

Recibido: 17-04-2017

Primera revisión: 26-05-2017

Aceptado: 29-05-2017

Palabras clave

persona del terapeuta,
irreverencia, espontaneidad,
ética, teoría.

Resumen

Dentro del marco terapéutico sistémico se enfrentan dos posturas con respecto a la persona del terapeuta, por un lado Gianfranco Cecchin, Gerry Lane y Wendel A. Ray (2002) plantean la irreverencia como una estrategia de supervivencia para terapeutas que hace alusión a la no dogmatización de un modelo terapéutico y tiene como fin llegar a un estado mental que permita al terapeuta actuar libre de la ilusión de control. Por otro lado, Salvador Minuchin y Charles Fishman (2004) postulan la espontaneidad como una forma de internalización y apropiación del modelo, que permite al terapeuta olvidarse de las enseñanzas técnicas una vez aprendidas. La propuesta de Cecchin, Lane y Ray se basa en una filosofía nihilista que brinda una imagen antropológica deslindada de la ética y propia de una libertad inalcanzable, mientras que el terapeuta espontáneo, desde su interés por el bienestar del prójimo, funge como agente de cambio, sin dejar de lado sus valores, intereses, gustos y responsabilidad, adaptándose así a los diferentes contextos sociales.

Abstract

There are two counter postures within the systemic therapy framework that confront each other on how the therapist person should be. On one hand, Gianfranco Cecchin, Gerry Lane & Wendel A. Ray (2002) propose irreverence as a therapist survival strategy, alluding to a lack of dogmatization of therapeutic models, which aims towards a mental state that permits the therapist to act free of the illusion of having control. On the other side, Salvador Minuchin & Charles Fishman (2004) postulate spontaneity as a way of internalization and assumption of therapeutic models, which permits the therapist to forget about the teachings of the techniques once he has learned them. Cecchin, Lane y Ray approach is based on a nihilist philosophy that presents an anthropological image unrelated to ethics and proper of an unattainable liberty, meanwhile the spontaneous therapist, based on his interest on the others well-being, acts as a change agent, without giving up on his values, interests, likings and responsibilities, adapting thus to different social contexts.

Keywords

therapist person, irreverence,
spontaneity, ethics, theory.

Gianfranco Cecchin, Gerry Lane y Wendel A. Ray (2002) plantean la *irreverencia* como una estrategia de supervivencia para terapeutas que se basa en la no dogmatización de un modelo terapéutico. La irreverencia –fuera de un marco terapéutico– hace alusión a la falta de respeto o veneración. Regularmente se ha asociado con el desafío al estatus quo, a la institucionalización y a la burocracia, comparándose con un régimen anarquista fundado en valores negativos.

Sin embargo, el posmodernismo se ha dedicado fundamentalmente a desvincular dichos valores del concepto localizando a este junto a un grupo de valores que reivindican la cultura del cambio. Friedrich Nietzsche (2012) es quizá el máximo exponente del nihilismo en el posmodernismo, argumenta la inminencia de la nada, del constante cambio, del movimiento, de lo que ya pasó, de lo que ya no es, permitiendo así el reinado del superhombre irreverente. Así lo manifiesta desde 1844 con el libro *El único y su propiedad* de Max Stirner, en el cual se ofrece una crítica antiautoritaria e individualista que pone al ego en el centro de la realidad, dando así lugar a una realidad plenamente subjetiva que enaltece la voluntad de poder y permite la desaprobación de las autoridades (Volpi, 2007).

El posmodernismo tuvo una importante influencia en la formación de la segunda generación de terapeutas sistémicos, mientras que entre 1940 y 1960 se volteó la mirada del *self* autónomo al *self* relacional y a partir de los años 80's el acento se colocó en el *self* narrativo, quizá el mayor aporte de la terapia sistémica y propuesta que plantea un profundo desgarramiento en el paradigma tradicional del entendimiento de las causas que contribuyen a los desórdenes emocionales (Rasheed et. al, 2011). Desde un primer ímpetu, la terapia familiar cobra una actitud blasfema desafiando sin contemplación los dogmas propuestos por la psiquiatría (Cecchin et. al., 2002), mientras que la psicología de forma marginal asegura su lugar, independiente de la medicina al romper con los paradigmas biológicos explicativos de la patología (Foucault, 1994).

Con este mismo ímpetu se propone bajo el marco sistémico, que el terapeuta no debe de operar apegado a ningún modelo terapéutico y por lo contrario ha de ser irreverente. Entendiendo la irreverencia no como el ser revolucionario o luchar contra la opresión de la familia o las instituciones, sino como un estado mental que permite al terapeuta actuar liberándolo de la ilusión de control, de la ilusión de saber. Se pretende entonces que el clínico se encuentra aprisionado por la verdad; entre la gente que lo paraliza con expectativas y la preservación de la pureza de su teoría, no le es permitido proclamar sus ideas de forma importante fuera de un marco sistémico (Cecchin et. al, 2002).

Para obtener su libertad, el terapeuta familiar ha de aceptar la irreverencia que florece sólo bajo un marco paradigmático cuasi nihilista en el que la realidad no consta de una verdad –sino que centrada en la voluntad de poder– acepta varias realidades subjetivas, dando así oportunidad de aceptar argumentos contrapuestos y tomar una postura movible dependiente de la realidad en cuestión.

Una realidad subjetiva prohíbe la aseveración del saber (Villegas, 1992). Es imposible para el terapeuta familiar irreverente asegurar que sabe y de asegurarlo estaría siendo sujeto de la manipulación por parte de los organismos de control social. Ante esto, tampoco puede prometerse capaz de crear el cambio por el cual su cliente lo contacta en primera instancia. Cayendo en la libertad absoluta del no error, es decir, el terapeuta que nada sabe en nada puede errar, no es entonces necesario que sepa lo que está haciendo (Cecchin et. al., 2002).

La irreverencia salva también a quien la practica del relativismo ético:

La premisa fundamental es que una lealtad excesiva a una idea específica hace que la persona no sea responsable de las consecuencias morales inherentes a ella. Si sobreviene un desastre, el responsable no será el individuo sino la idea que ha comandado la acción (Cecchin et. al, 2002, p. 26).

Los jueces Hofstetter y Janning en la película *Los Juicios de Núremberg: ¿Vencedores o Vencidos?* (Kramer, 1961) argumentan su inocencia ante los crímenes nazis bajo la premisa de obediencia debida. Janning por un lado explica: “Adolf Hitler restableció el orden en Alemania... sabíamos de la existencia de los campos de concentración... si no sabíamos más es porque no queríamos saber...

realmente creía que Hitler salvaría a mi patria del desastre y la miseria” (Stoffels et. al., 2001, s.p). Y Hofstetter, por su parte, refugia su inocencia argumentando que él “cumplía órdenes. No las cuestionaba. Aceptaba la corrección de las leyes y decretos promulgados por el parlamento y por el gobierno nazi dejando de lado su conciencia, sin preguntarse a sí mismo si realmente le repugnaba” (Stoffels et. al., 2001, s.p).

De esta misma forma, quien estrictamente se adhiere a un modelo terapéutico, se obceca obstinadamente a este, idealizándolo como *El Real*, que funciona, ignorando las repercusiones que en sí puede comprender, no por ignorancia (“si no sabíamos más es porque no queríamos saber”) sino por el deber que tiene para con el modelo (“cumplía órdenes. No las cuestionaba”) quedando aprisionado en una *Verdad Última*.

Eduardo Galeano (1989) en el poema *Los Nadies*, dibuja literariamente la artística imagen de la nada, plasmando sobre las palabras el absurdo de la imposibilidad del no ser: “Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada. Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos. Que no son aunque sean.” (p. 52)

Salvador Minuchin y H. Charles Fishman (2004) introducen al igual que Cecchin et al., (2002) la *espontaneidad* en el libro *Técnicas de Terapia Familiar* como una estrategia de supervivencia para el clínico, sin embargo antes de presentarla advierten: “el entrenamiento en la terapia familiar debe de ser esencialmente una enseñanza de técnicas que el discípulo olvide después que las dominó” (Minuchin y Fishman, 2004, p. 15). El trabajo terapéutico ha de ser un arte, no una técnica que se diferencian por el carácter artificial de la segunda y natural de la primera, que sin embargo en un primer momento se constituye como técnica, pero se vuelve arte con la internalización. Es así que Minuchin y Fishman (2004) nos brindan un argumento opuesto a la relatividad subjetiva de la irreverencia, exigiendo al terapeuta no sólo que conozca los principios teóricos y técnicos, sino que se adueñe de estos pasionalmente.

Ésta postura tiene una semblanza con la filosofía occidental tradicional, la cual se encuentra con su primera problemática justo al inicio del intento argumentativo, ya que el paradigma obliga forzosamente a desaprobando la existencia de la nada, tarea poco laboriosa para la razón natural, debido a la paradójica ontología de ésta. La misma concepción de nada ya la priva de su naturaleza de nada. Como algo la nada nos es imposible. Aristóteles (Metafísica I, 5, 20-30) en un primer momento, sostiene el concepto de nada como la negación del ser, la privación de la afirmación, definiéndola a partir del ser. Es así que el no ser se afirma que no es, y el mismo verbo de afirmar lo concibe como ser. Más adelante, Bergson (Santander, 2007) determina la idea de la nada como una pseudo-idea debido a que a esta no se le puede pensar ni imaginar en su totalidad, solamente se puede suprimir parcialmente el algo para sustituirlo con otra cosa, probando así la imposibilidad de la nada.

El antojo humano por comprender la nada como vacío, ausencia, negación o falta, priva a la nada de no ser, porque dichos conceptos implican el ser a priori, además de ser fenómenos que se encuentran limitados por tiempo y espacio. La negación de una cosa implica forzosamente el ser de la cosa, por lo que la nada se encuentra irónicamente plagada de ser. Inclusive la misma palabra que denomina la nada: nada, la priva de su ontología porque el lenguaje se vive como la limitante del concepto, es decir para definir una idea se crean límites llamados palabras que engloban lo que dicho concepto si admite, concibiendo el ser de la idea admitida, es así que al nombrar la nada esta toma forma de ser. Por más que el humano anhele el descanso del ser, le es imposible, se encuentra condenado a lo que Kundera (1984) denominaría *la insoportable levedad del ser*.

En un plano terapéutico, el clínico irreverente estaría apuntando a la nada, al no apego, al cambio constante que involucra movimiento, siempre dejar de ser lo que ya no es, siempre ser nada, lo cual lo coloca en un plano imposible, en el que más allá de lograr trabajar eficazmente se va a encontrar paralizado por la falta de recursos.

Comúnmente el psicólogo se coloca sobre una base teórica y práctica de la cual parte para llevar a cabo su trabajo, implicado en todo lo que esta conlleva. Si por lo contrario, intenta presentarse parado sobre una base abierta, inexistente se va a encontrar preso en la inmovilidad, encarcelado en

una voluntad de estilo Schopenhauer, sobre la cual no se puede parar por la naturaleza inexistente de esta, mermando también su misma presentación. Le es imposible al psicólogo la irreverencia, la neutralidad, la apertura de estilo libertinaje, y al humano en general que se intenta parar sobre la nada.

Paul Watzlawick et al. (1987) en *Teoría de la Comunicación Humana*, proponen la imposibilidad de la no comunicación como el primer axioma de la comunicación humana, el cual es consistente con el argumento presentado por Minuchin y Fishman (2004). De igual forma, se propone la imposibilidad de la irreverencia. La persona por el hecho de ser (inclusive sin estar) está condenada a la comunicación. En otras palabras no hay tal cosa como la no-conducta, es imposible no comportarse, por mucho que uno intente no puede dejar de comunicarse, incluso el sinsentido, el silencio, el retraimiento, la inmovilidad o cualquier otra forma de negación constituye en sí mismo una comunicación. Es así mismo que no existe tal cosa como la irreverencia, por naturaleza estamos condenados a seguir las limitantes de ciertas instituciones tales como la biología, la física, la metafísica o la antropología. Nos es imposible la libertad absoluta que la irreverencia plantea. Inclusive el tomar una postura irreverente estaría auto mutilando la idea de irreverencia, ya que estaría respondiendo a la institución de la irreverencia. *Ser* nos priva de irreverencia.

Aludiendo al dilema ético de la obediencia debida, parece contradictorio el afirmar que la filosofía nihilista termina con cualquier intento moral de sostener una ética. Apelar a un modelo teórico hace responsable a quien apela de él, por sus consecuencias y por la elección de dicho modelo. Mientras que flotar en una realidad subjetiva termina con la responsabilidad que esta podría causar, ya que no apela a causas últimas de las cuales nacen los parámetros éticos, es decir, para poder fundamentar un modelo ético, se necesita conocer el bien y el mal bajo una mirada, ya que si se apela a una realidad de principios múltiples, los conceptos de bien y mal se vuelven difusos dependientes de la situación, logrando así escapar de la responsabilidad por cualquier desastre en el provenir del hacer. El ser es responsable de lo que se encuentra limitado dentro de las barreras del ser.

No se pretende que el terapeuta clínico sea un vacío en el que todo pueda ser ingresado, se espera sino que sea un ser humano genuinamente interesado por el bien del prójimo, sin dejar de lado el respeto por su valores, sus intereses y sus gustos. Fungiendo con el papel de agente de cambio, que a partir de su realidad de ser, sea capaz de compenetrarse con la realidad de otros, para construirla y deconstruirla en conjunto. Que comprenda que la nada es incompatible con el ser y que la familia al ser y presentar su forma de ser, solo puede modificarse por otra manera de ser no por la negación de esta. Tiene que desarrollar la capacidad de entrar en coparticipación con la familia, poder experimentar la realidad como los miembros la viven y poder influenciar de manera positiva a las interacciones que estructuran a la familia.

Es indispensable que el terapeuta trabaje consigo mismo para lograr la espontaneidad. Un terapeuta espontaneo es aquel que se ha entrenado lo suficiente para poder utilizar diferentes aspectos de sí mismo en respuesta a los distintos contextos sociales (Minuchin y Fishman, 2004). Es la espontaneidad la cura a la imposibilidad de la irreverencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristóteles. (1994). *Metafísica I*, 5, 20-30. (T. Calvo, Introducción, traducción). Madrid: Editorial Gredos.
- Cecchin, G., Lane, G. & Ray, W. A. (2002). *Irreverencia*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1994). *La investigación científica y la psicología: Psicología Cultural*. Universidad del Valle.
- Galeano, E. (1989). Los nadies. En E. Galeano, *El libro de los Abrazos* (pp. 52). Uruguay: Ediciones La Cueva.

- Kramer, S. (Productor y Director). (1961). *Los Juicios de Núremberg: Vencedores o Vencidos* [Película]. Estados Unidos: Roxlom Films.
- Kundera, M. (1984). *La Insoportable Levedad del Ser*. España: Tusquets Editores.
- Minuchin, S., y Fishman, H. C. (2004). *Técnicas de terapia familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Nietzsche, F. (2012). *Así Hablaba Zaratustra*. México: Ediciones Leyenda S.A.
- Rasheed, M. J., Rasheed, N. M. & Marley, J.A. (2010). *Family therapy: models and techniques*. London: SAGE Publications.
- Santander, J. R. (2007). Vacío, negación y nada, en Bergson. *Tópicos del Seminario*, 18, 163 - 190.
- Stoffels, R. M. A. y Sanz, S. (2001). ¿Vencedores o vencidos? El juicio de Núremberg y la justicia internacional. *Caleidoscopio*, 4.
- Villegas, R. (1992). Hermenéutica y Constructivismo en Psicoterapia. *Revista de Psicoterapia*, 3 (12). [Recurso electrónico]. Recuperado de http://www.centroitaca.com/pdf/biblioteca/Constructivismo_27.pdf
- Volpi, F. (2007). *El Nihilismo*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Watzlawick, P., Beavin, J. y Jackson, D. D. (1987). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

